



las nubes de la tierra, y tanto es así que si apareciesen estrellas fugaces de primera magnitud, no dejaríamos de verlas. Económicemos nuestro lastre, y no intentemos alejarnos de la tierra para dar un nuevo paso hácia los astros desconocidos.

Pero queremos llegar á mas remotas playas, y sin procurar elevarnos á las altas regiones de la atmósfera, deseamos permanecer todo el tiempo que nos sea posible en el país de las nubes, por lo cual hacemos muy poco gasto de lastre. Debemos decir también que esta parsimonia no nos ha sido del todo inútil. Hemos alcanzado en detalle lo que habíamos perdido en conjunto, ó mas bien, en duracion. Manteniéndonos á corta distancia de la tierra, hemos notado la influencia extraordinaria que ejercen los menores accidentes del terreno en la direccion y aun en la intensidad del viento.

Si hubiésemos subido mas, no habríamos podido apreciar la extraordinaria tranquilidad que reina en el aire del valle cuando el viento se desliza sobre la colina, cuando barre la cumbre del cerro con una velocidad de quince á veinte metros por lo menos; no habríamos palpado, por decirlo así, la influencia prodigiosa que producen los bosques, esos vivientes amigos del hombre, esos bosques tan raros en nuestros días que el mismo leñador oficial sacrifica sin piedad; esas umbrías tutelares, que los antiguos, mas cuerdos que nosotros, colocaban bajo la proteccion de sus mas poderosas divinidades.

Seguimos el lecho de un rio aéreo, y ese lecho nos lleva léjos de toda poblacion; serpentea á través de las partes mas desiertas, mas áridas, y menos cultivadas sin duda. ¿Por qué huimos de esta suerte de los sitios que el hombre aprecia mas? ¿Por qué vemos tan pocas luces en el horizonte?

Consiste en que los habitantes del departamento que atravesamos han construido instintivamente sus ciudades, sus pueblos y hasta sus casas aisladas, en sitios abrigados por colinas que no vemos. Se han pues-

to bajo la proteccion de ciertas influencias que cada cual adivina en la comarca, pero sin pensar en darles nombre. La eleccion de tales sitios no se debe á la teoria dinámica de los movimientos de la atmósfera, sino al uso, al recto criterio popular, á las pruebas hechas de padres á hijos durante siglos enteros.

El tiempo trascurre mientras me entrego á estas reflexiones. Poco despues vemos aparecer espejos en la superficie de la tierra: son charcas de agua, turberas en las que se refleja el plateado rostro de la luna. Una comarca tan húmeda debe hallarse cerca del Océano, y efectivamente, estamos sobre la vasta cuenca del Soma. Aparecen algunas estrellas fugaces en las que se fija toda nuestra atencion; el globo gira, tiembla y se estremece..... Creemos ver una llama en el horizonte.

El viento, que ha calmado algun tanto durante los últimos minutos, empieza á refrescar. El globo da rápidas vueltas sobre sí mismo, por lo cual no es fácil reconocer inmediatamente la orientacion de la luz que se nos aparece: he creído por un momento que seria Venus, anunciándonos la próxima salida del Sol, á pesar de la hora que marca para ella el *Conocimiento de los tiempos*.

Si la Oficina de longitudes puede equivocarse, nuestro viaje será digno de figurar entre los saltos célebres. En efecto, los 50 kilogramos de lastre que hemos arrojado desde la partida están muy léjos de haberse agotado. Una porcion considerable, quince ó veinte kilogramos quizás, ha sido sacrificada porque el rocío se ha condensado en la superficie de las telas de nuestro globo; la red la ha absorbido como una esponja y sus fibras están impregnadas de humedad. Antes que el Sol aparezca se advertirá sin duda una disminucion notable en la cantidad de vapor de agua que contiene la atmósfera.

Una porcion del agua que llevamos volverá en breve á las nubes de las que no debia haberse separado jamás; los cálidos

rayos del astro del día acelerarán en breve la obra de nuestro alivio espontáneo, y por último, al sentir el gas á su vez la influencia benéfica del padre de todo calor y de toda vida, se hinchará nuestro globo, que está un poco vacío: no se advertirá un solo pliegue en su superficie tersa y redonda; el barniz que le cubre brillará alegremente como uno de esos vidrios de fabricación antigua empañado por el tiempo.

Nos remontaremos, sin que nos cueste un grano de arena, hasta el nivel de las enhiestas gargantas de los Alpes, donde Saussure se detuvo. Quizás veamos también, á pesar del brillo de la luz que inundará progresivamente el Oriente, algunas estrellas fugaces saliendo del sitio donde Régulo desaparecerá.

Pero ¡ah! vuelvo á ver la Osa mayor y Aldebaran. Conozco que el fulgor sospechoso ha aparecido hácia poniente, en una parte del cielo donde los astros no salen jamás. No tardamos en observar que aquel fulgor no está solo. Otra estrella, tan poco fugaz como la primera, aparece al poco rato..... Son dos faros gemelos que velan por los navegantes del Océano. Es el mar que se acerca: no cabe ya la menor duda.

¿Nos detendremos, ó cediendo á la tentación atravesaremos el Canal de la Mancha, yendo tal vez á parar al mar del Norte? A pesar de los sesenta kilogramos de lastre que nos quedan, sin contar las mantas, los gabanes, los viveres, los instrumentos y un cántaro con agua, optamos por lo primero. El aeronauta prepara su cuchillo para cortar el cordel que sujeta el ánora y la cuerda-guia, y me dice que me cuelgue de la cuerda de la válvula, cosa que hago concienzudamente. No debemos hallarnos á mas de un kilómetro de las olas, y dado el viento que nos impele, basta un minuto apenas para ir á tomar un baño de piés en la gran pila.....

No han transcurrido veinte minutos cuando siento un choque que en cualquiera otra ocasión me habria parecido violento. Ha-

biendo agarrado el ancla, ofrece cierta resistencia al viento que se revuelve contra ella, y levanta el globo hácia el lado del mar, imprimiéndole una oscilacion violenta y derribando nuestra cesta de mimbre. Pero nos mantenemos fuertemente asidos á las cuerdas. «No tengais miedo, amigo Fonvielle, esta sacudida es la última.» Mientras el ingeniero belga me dirige estas palabras, el globo ha dado un nuevo salto en virtud de su elasticidad, cayendo del lado de la tierra. Continúo agarrado á las cuerdas, sin soltar la de la válvula que tengo fuertemente sujeta con las rodillas. Me preguntan si estoy herido, pero otra cosa tengo que hacer mas bien que contestar; mirar á Oriente para ver si el cielo hace á mi ávida mirada la limosna de una estrella fugaz. Diviso otra mas, precisamente en el momento en que el viento nos arrojaba de nuevo hácia el mar. «¡Una estrella! ¡una estrella!» esclamo con júbilo, al ver brillar una chispa parecida á la que he admirado diferentes veces. Aquella chispa, salida asimismo de la constelacion del Leon, cae hácia el horizonte con ese continente firme, tranquilo, enteramente aéreo de sus dos hermanas mayores. «Es verdad, dice el belga, la veo como vos.»

Antes que el belga haya concluido su frase, el globo ha vuelto á dar contra el suelo; pero yo he atrapado mi última estrella fugaz, y todos los globos del mundo no son capaces de quitármela. El aparato continúa dando algunos saltos menos vivos que los precedentes. Oscilamos alternativamente entre el lado de la tierra y el del mar; pero estas oscilaciones disminuyen por momentos, hasta quedar reducidas á simples sobresaltos..... empieza la agonía del globo; y ya perteneceremos á la tierra hasta nuestra próxima ascension.

Tan luego como podemos pasar el brazo entre el aro y la barquilla colocamos en tierra los instrumentos con toda la delicadeza y precaucion de que somos capaces; luego tratamos de salir del cesto de mim-

bre, que, tumbado en la arena, viene á ser una jaula donde estamos cogidos como en una trampa. Podemos deslizarnos por el espacio que ha quedado libre entre el aro y el borde de la barquilla; pero el primero hace un movimiento, y la salida se cierra tras mí.

El ingeniero belga queda cogido como pájaro que ha caído en un lazo, y á no ser por nosotros quizá continuaria allí. Le ayudamos lo mejor que podemos á desprenderse de aquel aro maldito; luego hacemos lo posible por vaciar el globo, acelerando la salida del gas, cuyo olor picante percibimos, y una vez conseguido esto, nos miramos unos á otros, diciendo á una voz: «¿Dónde demonios estamos?»

Aun cuando los faros que brillan al noroeste se apagan de pronto, se necesitaria ser muy parisiense para no conocer que el Océano está cerca. Sin embargo, el murmullo de las olas no llega á nuestros oídos: tal vez sea la hora de la baja mar. La tierra, húmeda y pastosa, se presenta cortada por profundas acequias, muy buenas sin duda para dar salida á las aguas, pero también para causar torceduras. Las márgenes del arroyo están cortadas casi verticalmente. Parece ver las mil cicatrices que las olas dejan al retirarse. Nuestro aeronauta, que dirige sus miradas hácia otro lado, descubre una amalgama considerable, negruzca, de árboles y casas en construcción. Después de pasar una hora dando rodeos y saltos, logramos llegar á ella. ¡Oh dicha! Oímos el berrido de una ternera. Luego allí habita alguien. Nuestro globo no nos habrá llevado seguramente lejos de los ladrones y de los lobos para habernos hecho caer del cielo cerca de un establo donde los terneros estén solos, bajo la custodia de la Providencia.

El boyero se despierta con mas trabajo que su ganado, y con mas trabajo aun llega á entender algo de lo mucho que le decimos. Cuando tres individuos de no muy buena catadura, vestidos con un traje en-

teramente internacional, se presentan á despertarnos con el pretexto de decirnos que llegan en línea recta de las nubes, el primer movimiento, el único, el mejor quizás, es atrancar la puerta. ¡Desconfía, buen Picardo! Tienes mucha razon en hablarnos desde el umbral de tu puerta entreabierta, y mas aun en cerrarla presuroso cuando el belga te pregunta si estamos en Francia: en atrancarla exclamando: «¡Pardiez! ¡Vaya una pregunta! ¿Acaso no estamos en el Paso de Calais?»

Finalmente, al oír por el ojo de la llave, el sonido argentino de algunas monedas, que á uno de nosotros—puedo jurar que no he sido yo,—se le ocurre hacer sonar, el boyero se decide á abrir, pero solo lo suficiente para sacar la mano. Cuando ha conocido que el dinero ha cambiado de dueño, se resuelve á guiarnos á una posada situada á tres kilómetros de distancia, cuyo dueño nos acoge muy bien, sirviéndonos su hija una botella que trasciende á cidra, al mismo tiempo que nos pregunta si un globo va por el aire ó por el agua.

Allí nos proporcionaron una carreta, y después de dar numerosos rodeos llegamos á las ocho menos cuarto al sitio en que habíamos dejado nuestro globo, costándonos trabajo encontrarlo, pues el poco gas que le quedaba cuando le abandonamos, habia concluido de salir, y la pobre *Golondrina* estaba tan aplastada como una galleta. Lo que mas admiracion causa al posadero, que nos ha acompañado, es la barquilla cuyo uso desconoce. Aunque, mas adelantado de noticias que su hija, sabe lo que es un globo, creia firmemente que los aeronautas se metian en la bola de tafetan, sin duda para tener menos frio, ó para no constiparse. Era muy difícil sacarle de este error; así es que tomando la cosa á broma, le dije: «Eso que veis es el cajon donde embalamos todos nuestros objetos; ea, ayudadnos, y vereis qué bien se coloca todo.» En efecto, media hora después, globo, red y equipajes, todo queda amontonado en nuestro cesto á

la vista del campesino, que empieza á comprender. Una vez acomodada la barquilla en la carreta, el belga y yo nos sentamos en ella; nuestro piloto aéreo sube en el carro de una aldeana que pasa por allí cerca, y á las nueve y media hacemos nuestra entrada triunfal en la estacion de Etaples, desde la cual telegrafiamos á nuestros amigos que nos creen hechos dos ó tres pedazos por lo menos, tomando luego el tren de París.

Todos nuestros instrumentos, á escepcion del termómetro, cuya aguja no se habia movido desde la partida, están intactos. Ni el aeronauta, ni el ingeniero belga ni yo hemos recibido el menor arañazo.

Sin embargo, cuando bajamos tan rápidamente á tierra, el viento soplaba con notable violencia, y, cosa singular, no hemos impreso la mas mínima señal en el suelo tan maleable en aquel punto. ¿A qué se deberá atribuir una detencion tan brusca? Al principio creí que se debería al ancla fuerte y algo gruesa que llevábamos, pero reflexionando con mas detencion en ciertas

condiciones dinámicas de la navegacion aérea, supuse que debia atribuirse tan singular efecto á la ligereza específica del gas hidrógeno puro que llenaba nuestro globo. En efecto, al abrir la válvula, perdimos una cantidad de gas mucho mayor que si hubiese estado henchido con gas del alumbrado. Además, cada metro cúbico nos hacia pesar mas de un kilogramo, en vez de hacernos perder 700 gramos de nuestra fuerza ascensional.

El aumento de peso producido por el escape de la válvula es con el hidrógeno puro dos ó tres veces mas rápido que en las condiciones ordinarias, resultando de aquí que el globo se detiene dos ó tres veces mas pronto con un viento dado. Pero tambien es verdad que con dicho gas tienen los aeronautas mas probabilidades de romperse los huesos si no son bastante expertos; por consiguiente, lo mejor es estrenarse con el gas del alumbrado, é irse acostumbrando de este modo á surcar las procelosas regiones aéreas.

CAPÍTULO XXV

VIAJES DEL GLOBO EL «EMPRENDEDOR»

(W. DE FONVIELLE)

PRIMER VIAJE. — DE PARÍS Á FERRIERES

Hacia mucho tiempo que me preocupaba la idea de aplicar la fotografia á la navegacion aérea, y tanta fué la insistencia con que esta idea se apoderó de mí, que al fin me decidí á organizar una expedicion fotografica para observar un eclipse que debia ocurrir el 23 de febrero. Costóme lo que no es decible encontrar un fotógrafo que quisiese acompañarme; pero al fin di con uno que, si bien no figuraba en el número de los mas célebres, esperaba llegar á serlo si nuestra expedicion tenia el resultado apetecido. Debíamos esperarlo así, puesto que lo habíamos preparado todo con minucioso esmero; ¡cuántas noches pasamos discutiendo las condiciones del éxito, y estudiándolo todo, menos el carácter del piloto aéreo á quien íbamos á confiar nuestra suerte! Habíamos creído ¡oh error! que bastaria un poco de entusiasmo para transformar su grosera urdimbre.

Queriendo referir mis impresiones celestes á señales tomadas en la tierra, habia practicado yo un agujero en el fondo de la barquilla con el objeto de sacar la imágen directa de los objetos que tuviesen el honor de hallarse debajo de nuestros piés. Mas en el momento en que íbamos á partir, levantóse un viento que á los aeronautas de pro-

fesion, á los cuales tuve que recurrir á pesar mio, les pareció demasiado violento para llenar el globo. Los aeronautas de esta especie no comprenden otro modo de remontarse sino el que verifican en presencia de un numeroso publico, así es que cuando no hay ingresos, no se acuerdan de revestirse de su valor de los dias festivos. Por mas que dije, me indigné y renegué, no tuve mas remedio que quedarme en tierra. Cuando pasó el eclipse, vinieron á anunciarme que se iba á henchir el globo, y que el viento habia calmado; pero como se acercaba la noche, consideré que seria el colmo del ridículo remontarse en aquel momento, y por lo tanto, resolví esperar hasta el otro dia; así es que cuando el globo estuvo listo, declaré que aplazaba la partida para la mañana siguiente, hice atar el apéndice con una cuerda y colocar el globo en medio de la esplanada que habian puesto á mi disposicion. Una vez hecho esto, confiamos el globo á la custodia de Dios y á la de los vigilantes nocturnos.

A la mañana siguiente, me encaminé á la fábrica del gas, donde el aeróstato se balanceaba tranquilamente. La numerosa muchedumbre que se habia propuesto disfrutar del espectáculo de aquella ascension, acudió en mayor número que el dia anterior, y aun cuando no se abrieron todas las puertas de